

Sólo ensayo



Antología de
jóvenes escritores

Volumen II



Sólo ensayo



Sólo ensayo. Antología de jóvenes escritores. Volumen II

Xicoténcatl Martínez Ruiz, coordinador

Primera edición: 2017

D.R. ©2017 Instituto Politécnico Nacional

Av. Luis Enrique Erro s/n

Unidad Profesional “Adolfo López Mateos”, Zacatenco,

Del. Gustavo A. Madero, C. P. 07738, Ciudad de México

Coordinación Editorial de la Secretaría Académica

Secretaría Académica, 1er. Piso,

Unidad Profesional “Adolfo López Mateos”, Zacatenco,

Del. Gustavo A. Madero, C.P. 07738, Ciudad de México

Diseño y formación: Quinta del Agua Ediciones, S.A. de C.V.

Cuidado de la edición: Diana Gutiérrez

Los capítulos de este libro han sido evaluados por pares a ciegas,
por el Jurado del Premio de Ensayo Innovación Educativa 2016.

ISBN: 978-607-8085-13-2

Impreso en México / Printed in Mexico

Introducción

La palabra creadora. Ciencia, filosofía y humanidad

BRUNO VELÁZQUEZ DELGADO

La palabra es creadora. Esta idea subyace a lo largo de los siglos en diversas culturas y cosmovisiones. Se encuentra en la antigua sabiduría que se expresa en la sentencia bíblica “En el principio era el verbo”; es el *logos* griego (palabra y razón) que ordena y da armonía al universo de lo real; se observa en la postulación heideggeriana, sostenida en *Ser y tiempo*, que nos dice que “el lenguaje es la casa del ser y la morada de la esencia humana”; está en uno de los argumentos centrales del *Tractatus Logico-Philosophicus* de L. Wittgenstein, el cual concluye que los límites de nuestro lenguaje son los límites de nuestro mundo; y es el corazón de la tesis hermenéutica posmoderna que valora el carácter poético del lenguaje en tanto que es *poiesis* (del griego ποιέω: creación o producción, fuerza que permite el paso del no-ser al ser).

Lo que esta idea sostiene en el fondo es que la creación del mundo humano y del conocimiento comienza en la palabra compartida. Una convicción que trasciende las tradiciones metafísicas, científicas y filosóficas y se halla también en la poética y el arte que,

desde su alquimia, responden a la arcana y mágica fórmula que, al enunciarse, produce: “abracadabra”¹. Una fórmula verbal que al ser dicha crea, re-crea y re-produce los significados que otorgamos a las cosas. Palabra que el mismo Borges atesorará y dejará en el misterio del silencio al concluir su monumental cuento “La rosa de Paracelso”, para que de este modo, al no decirla, se haga presente.

Algo cercano a esto lo encontramos en la voz de Umberto Eco al referirse al diálogo “Fedro” de Platón y nos recuerda que cuando: “Hermes, el inventor de la escritura, presentó su invención al Faraón Thamus, él elogió su nueva técnica que permitiría que los seres humanos recordaran con mayor facilidad aquello que de otra manera quedaría en el olvido”.² De donde se sigue que escribir es re-cordar, traer de nuevo al corazón y volver a vivir, pues con la palabra se logra hilar la cuerda que une el pasado con el presente y con el futuro. El lenguaje escrito entonces es un instrumento utilí-simo para la memoria y las ideas pues, como expresión material del pensamiento, abre la posibilidad de que el conocimiento se transmita, crezca, sea aplicado por otros y perdure.

Pero, ¿y todo esto por qué viene al caso? Permítaseme responder con otra referencia. En el maravilloso libro “El inconcebible universo. Sueños de unidad”, el genial escritor y divulgador científico José Gordon nos relata el encuentro entre Borges y el físico Seth Lloyd, donde, palabras más palabras menos, el poeta argenti-

1 Según distintas fuentes recogidas en la entrada de Wikipedia a esta palabra, hay tres hipótesis sobre su etimología, de las cuales dos nos interesan: “Una posible fuente es del arameo: אַבְרָכָדָבְרָ אַרְבָּא *avrah kahdabra* que significa: ‘Yo creo como hablo.’ Y otra posible fuente es del hebreo: *Aberah KeDabar*: ‘iré creando conforme hablo”.

2 Cfr. Eco, U. (1996). “De Internet a Gutenberg”.

no le hizo ver al experto en computación cuántica que “lejos de lo que se puede pensar, el quehacer científico requiere una profunda imaginación... pues la experiencia de hacer ciencia implica construir una narrativa”. En otras palabras, que lo que le da sentido a un experimento, a una investigación, a una hipótesis o a un descubrimiento científico es la historia que lo argumenta. Pues el significado del conocimiento está en el relato mediante el cual se expresa, se divulga y se transmite a la comunidad.

No es ningún secreto que la ciencia es uno de los quehaceres humanos fundamentales y que de sus diversas disciplinas han emanado muchos de los más importantes avances materiales, sociales y culturales que nos han permitido avanzar en la instauración de mejores condiciones de vida para nuestra especie. Es gracias al desarrollo e innovaciones tecno-científicas que el proceso civilizatorio se ha visto significativamente impulsado, facilitándonos así muchas de las faenas de la vida diaria y permitiéndonos comprender nuestra propia capacidad y potencia como seres racionales. Pero así como el lenguaje y la ciencia nos han ofrecido una forma de habitar el mundo, también han abierto otras vetas oscuras de destrucción, muerte e irracionalidad.

Desde el nivel atómico hasta el astronómico, el día de hoy nuestra capacidad técnico-científica se abre, cual cornucopia o caja de Pandora, como un camino de dos vías que puede dirigirnos a la autodestrucción o, mejor aún, hacia la solución de los infinitos retos que tenemos como especie y que van desde la posible cura de las enfermedades que hoy aparentan ser incontrolables, pasando por la nanotecnología que potencializará nuestra capacidad informática hacia confines insospechados, hasta las sondas espaciales que han llevado la huella del asombro y la curiosidad humanas a zonas del

espacio donde sólo nuestra imaginación había sido capaz de llegar.

Pero, más allá de que la marcha del conocimiento y la ciencia humana sigue expandiéndose hacia nuevos horizontes, el modo en que estamos haciendo ciencia y desarrollando nuevas tecnologías debe ser reconsiderado en términos generales. Lo anterior debido a que, no obstante que este modo sin duda funciona, su enfoque de alta especialización y la reducción de los objetos de estudio que conlleva está generando sesgos cada vez más profundos en las nuevas generaciones de científicos y tecnólogos, lo que debe cambiar en beneficio de la ciencia misma y de su instrumentación útil para la sociedad.

Cualquier estudiante de alguna disciplina técnico-científica es testigo inmediato de que el modelo formativo en el que participa le obliga a enfocarse en campos cada vez más reducidos del conocimiento conforme avanza, lo que a la larga le hace perder, poco a poco, el gran panorama y la vista general. Una pérdida que también se traduce en el desvanecimiento de uno de los principales fines para los que se ha de hacer ciencia: servir a la sociedad. Así como la emergencia de su contradicción: la ciencia puesta al servicio de intereses llanamente mercantilistas, prosaicos y espurios que conducen a la destrucción y la muerte (piénsese tan sólo en el desarrollo incesante de armas de destrucción masiva).

Entonces, cabe aquí reflexionar sobre la ciencia que, además de ser una forma práctica de la filosofía (como amor al conocimiento, asombro y manifestación de la curiosidad y la creatividad humana), es también la mejor herramienta con la que contamos para edificar el mundo de mañana desde la superación de los retos presentes. Una reflexión que, a mi parecer, viene muy a modo en este intento de prologar un hermoso libro que es fruto precisamente

del trabajo y el talento de jóvenes estudiantes que han sabido hacer ciencia, reconquistando su sentido y su íntima relación con la palabra escrita, ensayando en la narración de la aventura que es la investigación y la generación de nuevos conocimientos.

Lo que se ha de superar del modo actual del quehacer científico, en términos generales, es precisamente su estructura cerrada y orientada a la competitividad, que responde al talante egoísta de un sistema científico y tecnológico global cooptado por los grandes corporativos y las empresas que monopolizan no sólo el mercado, sino la decisión de cuáles son los proyectos y desarrollos tecno-científicos para los que se han de realizar las grandes inversiones públicas y privadas.

En este sentido traigo a cuento la postura defendida en un excelente artículo titulado “Put the ‘Ph’ Back in PhD” (algo que se podría traducir aproximadamente como “Devolvamos su carácter filosófico a los Doctorados científicos”), escrito por el Jefe del Departamento de microbiología molecular e inmunología, de la Universidad John Hopkins, Arturo Casadevall. Ahí, lo que se dice *grosso modo* es que ante la crisis estructural en que vivimos, y ante la responsabilidad que el sistema científico mundial tiene frente a la misma, es impostergable introducir contenidos filosóficos y humanísticos en los programas de formación científica, en específico, el estudio de la lógica, la epistemología y la ética. Lo anterior por la simple y trascendental razón de que estas disciplinas, al tiempo de que fortalecerán el sentido de responsabilidad, a la ética profesional y al compromiso social de los futuros científicos, les permitirán afinar sus habilidades técnicas y metodológicas, lo que se traducirá en una importante reducción de errores en las investigaciones, en un mayor rigor lógico y epistemológico en la construcción y

argumentación de los conocimientos y, por otra parte, en la adquisición de nuevas habilidades cualitativas que pueden ampliar y flexibilizar el entendimiento de los estudiantes, además de promover la obtención de una mayor capacidad crítica y autocrítica. Todo lo cual redundará en ganancias al momento de expresar y transmitir, clara, accesible y bellamente los frutos de su trabajo.

En lo personal no me cabe la menor duda de que la formación científica debe conllevar también sólidas bases filosóficas y humanísticas desde sus primeras etapas, y viceversa. La formación superior en la actualidad no puede sino ser multidisciplinar y transdisciplinar.

Por todo lo anterior es que la oportunidad y honor que se me ha dado al poder participar con unas palabras en este proyecto me resulta invaluable puesto que *Sólo ensayo. Antología de jóvenes escritores. Volumen II*, coordinado por el incansable y tenaz Xicotécatl Martínez Ruiz, es el fruto exquisito de un trabajo loable y de un proyecto ejemplar que apunta precisamente a lo hasta aquí dicho.

Este libro expande un proyecto que esperamos tenga larga vida, pues reúne el trabajo de jóvenes y orgullosos estudiantes politécnicos, que brillan por su amor a la ciencia y a la palabra, y de los cuales esperamos que lleguen a realizarse, cumpliendo a cabalidad la gran promesa que hoy son.

En estas páginas también se nos ofrece un espacio abierto donde aflora el diálogo y reverbera el pensamiento crítico, una ventana que nos ofrece una mirada a la creatividad, al talento, la disciplina y la voluntad de trascender de nuestra juventud que, como diría el mismo Xicotécatl, ensayo tras ensayo construye la ciencia del mañana y transforma nuestro mundo. Un libro que nace de la irrefrenable búsqueda del saber que nos libera, así como de la concreción de los proyectos personales y profesionales, científicos, académicos

y existenciales que se conciben en el pensar, nacen con la praxis científica y florecen en la escritura y en la generación de nuestras utopías y conocimientos.

Aprovechando entonces el honor que tengo de participar en el segundo volumen de *Sólo ensayo. Antología de jóvenes escritores. Volumen II*, no me queda más que sumarme al deseo original de quien ideó este admirable proyecto y, con más convicción que esperanza, aguardar a que en el mañana sean cada vez más los jóvenes que se atrevan a ensayar, a escribir y a trascender mediante la fascinante aventura del quehacer científico que toma conciencia, se compromete socialmente, se comparte y responsabiliza con el otro, que responde al espíritu romántico de querer no sólo decirse, sino decirse bella y claramente desde la nitidez de la palabra bien argumentada. Lo que nos permite mantener vivo el sueño por un mejor futuro, más justo, más libre y basado en el conocimiento frente a los prejuicios, el miedo, el odio, egoísmo y la ignorancia.

Sólo ensayo. *Antología de jóvenes escritores. Volumen II* expande un proyecto que esperamos tenga larga vida, pues reúne el trabajo de jóvenes y orgullosos estudiantes politécnicos, que brillan por su amor a la ciencia y a la palabra, y de los cuales esperamos que lleguen a realizarse, cumpliendo a cabalidad la gran promesa que hoy son.

En estas páginas también se nos ofrece un espacio abierto donde aflora el diálogo y reverbera el pensamiento crítico, una ventana que nos ofrece una mirada a la creatividad, al talento, la disciplina y la voluntad de trascender de nuestra juventud que ensayo tras ensayo construye la ciencia del mañana y transforma nuestro mundo. Un libro que nace de la irrefrenable búsqueda del saber que nos libera, así como de la concreción de los proyectos personales y profesionales, científicos, académicos y existenciales que se conciben en el pensar, nacen con la praxis científica y florecen en la escritura y en la generación de nuestras utopías y conocimientos.

